

ve, que haber triunfado mas dejando demasiado á la casualidad. Nunca hubiera sucumbido Napoleon, si hubiese dirigido la política como en esta época dirigió la guerra. Por lo demas, el Austria iba á quedar abatida con tan terribles golpes, comprimi- da la Alemania, y la Europa contenida. Nunca me- jor que entonces mereció Napoleon ser favorecido por la fortuna, la cual en aquellos cinco dias se le mostró al parecer otra vez propicia del todo.

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Wagram.

Empiezan las hostilidades en Italia.—Entrada imprevista de los austriacos por el Pontebu, Cividala y Goriza.—Sorpresa del principe Eugenio que no esperaba le atacasen hasta fines de abril.—Se replega sobre el Livenza con las dos divisiones que tenia á mano, y consigue reunir allí parte de su ejército.—Toma en Pordenona de la vanguardia del general Sahuc.—El ejército pide la batalla á voz en grito.—El principe Eugenio, arrastrado por el calor de sus soldados, se decide á combatir antes de haber reunido todas sus fuerzas y en un mal terreno.—Batalla de Sacila perdida el 16 de abril.—Retirada hácia el Adrige.—Levantamiento del Tirol.—El ejército francés reconcentrado detras del Adrige, se reorganiza allí bajo la direccion del general Macdonald dado por consejero al principe Eugenio.—La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á tomar retirada.—Acósale el principe Eugenio.—Paso del Piava á viva fuerza, y pérdida considerable por parte de los austriacos.—Sucesos de Polonia.—Hostilidades impre- vistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia.—José Poniatowski da al pie de las murallas de Varsovia un combate obstinado con los austriacos.—Abandona esta capital de resul- tas de un convenio, lleva la guerra á la derecha del Vistula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros.—Insurrec- cion en Alemania.—Desercion del mayor Schill.—Conducta de Napoleon despues de los sucesos de Ratisbona.—Su inquietud

al saber las noticias de Italia, que el príncipe Eugenio tarda demasiado en comunicarle.—Avanza no obstante en Baviera, seguro de repararlo todo por medio de una marcha rápida sobre Viena.—Motivos por que no persigue al archiduque Carlos en Bohemia y se dirige al contrario hácia la capital de Austria por la línea del Danubio.—Marcha combinada de un modo admirable.—Paso del Inn, el Traun y el Ens.—El archiduque Carlos quiere volver á pasar de Bohemia á Austria, y reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis detras del Traun, pero se le anticipa Massena en Linz.—Espantoso combate de Ebersberg.—No pudiendo llegar á tiempo el archiduque Carlos ni á Linz ni á Krems, los cuerpos austriacos que defendían la Alta Austria se ven obligados á pasar otra vez el Danubio en Krems, y á dejar sin proteccion la ciudad de Viena.—Llegada de Napoleon al pie de las murallas de esta capital el 10 de mayo, al mes de haberse roto las hostilidades.—Entrada de los franceses en Viena despues de una resistencia muy corta por parte de los austriacos.—Efecto que este suceso causa en Europa.—Miras de Napoleon para acabar de destruir los ejércitos enemigos.—Cómo escalona sus cuerpos para impedir que los archiducos hagan una tentativa por la espalda, y para preparar una reconcentraci6n súbita de sus fuerzas con el fin de dar una batalla decisiva.—Necesidad que hay de pasar el Danubio para juntarse al archiduque Carlos, que está acampado frente por frente á Viena.—Preparativos para ese paso difícil.—En este intervalo, desahogado el ejército de Italia con los progresos del ejército de Alemania, ha tomado la ofensiva y marchado adelante.—El archiduque Juan vuelve á pasar los Alpes Noriscos y Julianos medio debilitado, y dirige las fuerzas que le quedan hácia Hungría y la Croacia.—Evacuacion del Tirol y sumision momentánea de esta provincia.—Toma Napoleon la resoluci6n definitiva de pasar el Danubio, y acabar de destruir al archiduque Carlos.—Dificultad de esta operacion en presencia de un ejército enemigo de cien mil hombres.—Escoge la isla de Lobau, situada en medio del Danubio, para disminuir la dificultad del paso.—Puentes echados sobre el ancho brazo del Danubio en los dias 19 y 20 de mayo.—Puente echado el 20 en el brazo angosto.—Empieza á pasar el ejército.—Apenas está en movimiento, cuando le sale al encuentro el archiduque Carlos.—Batalla de Essling, una de las mas terribles del siglo.—El paso interrumpido muchas veces por una avenida repentina del Danubio, se imposibilita definitivamente por la ruptura total del puente grande.—Privado el ejército francés de la mitad de sus fuerzas y desprovisto de municiones, sostiene el 21 y el 22 una lucha heroica, para no verse arrojado en el río.—Muerte de Lannes y Saint-Hilaire.—Conducta memorable de Massena.—Al cabo de cuarenta horas de esfuerzos impotentes, desesperando el archiduque Carlos de poder arrojar en el Danubio al ejército francés, lo deja entrar pacíficamente en la isla de Lobau.—Carácter de esta batalla espantosa.—Inercia del archiduque Carlos, y prodigiosa actividad de Napoleon durante los dias que se siguieron

á la batalla de Essling.—Esfuerzos que hace este último para restablecer los puentes con el fin de que el ejército francés volviera á pasar á la márgen derecha del Danubio.—Feliz empleo de los marinos de la guardia.—Napoleon se ocupa en crear nuevos medios de paso, y atraer á sí los ejércitos de Italia y Dalmacia, para terminar la guerra con una batalla general.—Marcha afortunada del príncipe Eugenio Macdonald y Marmont para reunirse con el ejército grande en el Danubio.—Posici6n que Napoleon hace tomar al príncipe Eugenio sobre el Raab, con el doble objeto de atraerle donde él está y alejar al archiduque Juan.—Encuentro del príncipe Eugenio con el archiduque Juan al pie de los muros de Raab, y victoria conseguida el 14 de junio.—Toma de Raab.—Reunion definitiva del príncipe Eugenio, Macdonald y Marmont al ejército grande.—Alternativas en el Tirol, Alemania y Polonia.—Precauciones de Napoleon relativas á estas diversas comarcas.—Inacci6n de los rusos.—Napoleon, en posesi6n ya de los ejércitos de Italia y Dalmacia, y pudiendo contar con los puentes del Danubio que ha hecho construir, piensa al fin en dar la batalla general que proyecta hace tanto tiempo.—Obras prodigiosas ejecutadas en la isla de Lobau durante el mes de junio.—Puentes fijos en el ancho brazo del Danubio; puentes volantes en el angosto.—Vastas posiciones y poderosas fortificaciones que convierten la isla de Lobau en una verdadera fortaleza.—Escena extraordinaria del paso en la noche del 5 de julio.—Desemboca de pronto el ejército francés á la otra parte del Danubio, antes que el archiduque Carlos hubiera podido oponerse á ello.—Replegado el ejército austriaco sobre la posici6n de Wagram, sedefiende allí contra un ataque del ejército de Italia.—Refriega que solo dura un momento de la noche del 5.—Planes de los dos generales para la batalla del dia siguiente.—Jornada del 6 de julio, y batalla memorable de Wagram, la mas grande que hasta entonces se habia dado en los tiempos antiguos y modernos.—Ataque temible contra la izquierda del ejército francés.—Prontitud de Napoleon en llevar sus fuerzas de derecha á izquierda, á pesar de la vasta estension del campo de batalla.—El centro de los austriacos.—Atacado con cien bocas de fuego y dos divisiones del ejército de Italia á las órdenes del general Macdonald, es roto.—Toma de la colina de Wagram por el mariscal Davout.—Pérdidas casi iguales por ambas partes, pero resultados decisivos en favor de los franceses.—Retirada sin órden ni concierto de los austriacos.—Persecuci6n hasta Znaim y combate al pie de sus muros.—No pudiendo continuar la guerra los austriacos, piden suspensi6n de armas.—Armisticio de Znaim y comienzo en Altenburgo de las negociaciones sobre la paz.—Nuevos preparativos militares de Napoleon para apoyar las negociaciones de Altenburgo.—Bonito campamento de sus ejércitos en el centro de la monarquía austriaca.—Carácter de la campaña de 1809.

La intencion que tenian los austriacos de asaltar á los ejércitos franceses cuando estos se hallaban esparcidos desde las márgenes del Vistula á las del Tajo, se hubiera quizá realizado á pesar de la lentitud, hija de la costumbre, con que obraron, si llegando de improviso Napoleón no hubiese frustrado con su presencia, prontitud y vigor aquel arriesgado proyecto de sorpresa. En cinco dias de combate derrotó el principal peloton de tropas austriacas, rechazó sus desunidos restos sobre las dos orillas del Danubio; pero si allí suplió todo lo que todavía faltaba á sus ejércitos con su actividad, su energía y su genio superior, no podia suceder lo mismo donde él no se hallaba, y no se hallaba en Italia, á donde marchaba el archiduque Juan con los cuerpos octavo y noveno, ni en Polonia, á donde se dirigía con el sétimo el archiduque Fernando.

En Italia no fué feliz el estreno de la campaña, y seguramente hubiera ejercido este estreno mala influencia sobre el conjunto de los acontecimientos, si no hubiesen sido tan grandes nuestros triunfos entre Landshut y Ratisbona. Efectivamente, opuesto allí el espíritu temerario é inconsequente del archiduque Juan al espíritu prudente pero falto de esperiencia del principe Eugenio, triunfó por un momento de la valentía de nuestros soldados. Siguiendo el archiduque Juan la costumbre de los que mandan en una comarca, hubiera querido atraerlo todo á ella y convertir la Italia en teatro principal de la guerra; pero como no podia hacer que el Danubio cesara de ser para Napoleón el camino directo á Viena, tampoco podia hacer que el grueso de las fuerzas austriacas estuviese

en el Tagliamento, en vez de estar sobre el Danubio. Envidioso de su hermano el archiduque Carlos, y rodeado de un estado mayor envidioso del estado mayor general, suscitó mas de una cuestion sobre el plan que debia seguirse. Quería desde luego entrar directamente en el Tirol por el Pusther-Thal, pasando del punto donde nace el Drava á la madre del Adige, bajar hácia Verona por Brixen y Trento, y derribar así todos los puestos avanzados de los franceses, dirigiéndose de un tiron hácia la línea del Adige por el camino de las montañas, que le abriría la insurreccion de los tiroleses. No temiendo hallar sobre la meseta del cerro de Rivoli al general Bonaparte ó al intrépido Massena, y pudiendo contar con la solícita asistencia de los tiroleses, tenia excelentes motivos para adoptar semejante proyecto, que entre otras ventajas, encerraba la de mantenerse no muy distante de Baviera, y en estado de tomar parte en las operaciones del Danubio; pero, como sucede siempre con los planes debatidos entre autoridades rivales, este dió lugar á un plan medio, que consistia en invadir el Tirol por un cuerpo separado, y la Alta Italia por el grueso del ejército. Con arreglo á estas miras se distribuyeron las fuerzas destinadas á operar en Italia. El octavo cuerpo se reunió en Villach, poblacion de la Carintia, á las órdenes del general Chasteler, á quien desde el principio estaba destinado, y el noveno en Laybach, de la Carniola, bajo el mando de Ignacio Giulay ban de Croacia. El general Chasteler, que conocia bien el Tirol, se separó del octavo cuerpo con unos doce mil hombres, pues se le comisionó para operar por el Pusther-Thal, avanzando por los montes del E.

al O., mientras que el grueso del ejército seguiría en la llanura igual dirección. Con esos doce mil hombres y la asistencia de los tirolese, tenía Chasteler bastantes fuerzas contra los bávaros, que en el Tirol apenas eran cinco ó seis mil. Mientras él caminara hacia Briven por Lienz y Bruncken, los cuerpos octavo y noveno, el uno partiendo de Villach, y el otro de Laybach, debían desembocar sobre Udino. Estos cuerpos presentaban, comprendida la artillería, una masa de cerca de cuarenta y ocho mil hombres de tropas excelentes. Unos veinte mil hombres de *Landwehr*, bien equipados, animados de un buen espíritu; pero poco instruidos, debían quedarse en la frontera, guardar ésta, cubrirla de obras de campaña, y formar con sus mejores batallones una reserva que estaría á disposición del ejército operador. Un destacamento de siete á ocho mil hombres, al cual debía reunirse la insurrección de Croacia, tenía encargo de observar la Dalmacia, por donde se temía fuera á desembocar el general Marmont. No obstante, como esperaban sorprender á los franceses en Frioul, lo mismo que en Baviera, como sabían igualmente que las recomendaciones de familia, no menos exigentes en la corte de Napoleón que en las más antiguas de Europa, habían valido al príncipe Eugenio el mando del ejército de Italia, con esclusión de Massena, que era el jefe natural de ese ejército, se lisongeaban de estar bien pronto sobre el Adige, y aun sobre el Pó, manteniendo al general Marmont encerrado en Dalmacia. Hasta tenían ya preparada la intimación que iban á hacerle, creyendo que la única dificultad que habría sería discutir y firmar una capitulación.

No solo se fiaban en la fuerza de las armas para avanzar victoriosamente hacia Italia, sino también en manejos ocultos, puestos en juego desde las montañas del Tirol hasta el estrecho de Mesina. Sostenía á los austriacos en su temeraria tentativa la persuasión que la Europa entera, así como la Francia, estaba ya cansada del poder de Napoleón, opinión que habían sacado de los sucesos de España; y no solo contaban con el Tirol, adicto en todas épocas al Austria, sino con los demás Estados venecianos que todavía lamentaban su reciente ruina; con el Piamonte, convertido mal su grado en provincia francesa; con los Estados de la Iglesia, unos de los cuales eran departamentos del imperio, y los demás testigos de la esclavitud del papa, y por último, con el reino de Nápoles, privado de sus antiguos soberanos, separado de la Sicilia, y deseando recobrar su dinastía y su territorio. Tenían, pues, inteligencias en todos estos países, ya con los nobles, descontentos con el régimen de igualdad introducido por los franceses, ya con los sacerdotes, que echaban de menos la supremacía de la Iglesia, ó deploraban la humillante opresión del Padre Santo. Sin embargo, aunque la dominación francesa disgustara á los italianos por ser una dominación estrangera, aunque les costase mucha sangre y dinero, tenía para la mayoría de ellos méritos que no desconocían, y que aun no habían olvidado del todo con los padecimientos de la guerra. No se podía, pues, tumultuar á los italianos con tanta facilidad como á los tirolese; pero en cuanto á estos, era estremada la impaciencia que sentían por ver aparecer nuevamente el pabellón austriaco. No puede nadie formarse una idea

de la adhesión que entonces profesaban al Austria aquellos sencillos montañeses. Bien es verdad que acostumbrados como estaban al gobierno puramente paternal de la casa de Habsburgo, pasaron no sin horror en 1806 al dominio de Baviera, que era para ellos un vecino aborrecido. Esta, conociendo que sus nuevos súbditos no la querían, les devolvió odio por odio, y los había tratado siempre con una dureza que exaltó más y más su resentimiento. Así no habían cesado de estar enviando á Viena emisarios prometiendo sublevarse á la primera señal, y ofreciendo, por las relaciones que tenían con los grisonos y los suizos, preparar un movimiento que se comunicaría bien pronto á la Suabia por una parte, y al Piamonte por otra. Hasta habían contribuido con su ardor á engañar á la corte de Viena, persuadiéndola que en toda la Europa solo se mostraban impacientes por sacudir el yugo del moderado Atila los tiroleses y los españoles. Un empleado muy activo del ministerio de Negocios estrangeros en Viena, llamado Mr. de Hormaller, que tenía en sus manos el hilo de aquellas intrigas tirolesas, alemanas é italianas, recibió el encargo de acompañar al archiduque Juan para que pusiera en juego á su lado los resortes secretos de la política, mientras que el príncipe ponía en juego los resortes de la guerra sin disfraz ni rebozo. Como era natural, se había medio confiado á los ingleses estas esperanzas y manejos, y ellos prometido cooperar activamente con los austriacos luego que estos, invadiendo la Lombardia hasta Pavia, hubiesen abierto el litoral del Adriático desde Trieste á Ancona.

Todo estaba dispuesto para obrar en Carintia

el mismo día que en Baviera, es decir, el 40 de abril, y efectivamente, este día, mientras que la vanguardia del archiduque Carlos atravesaba el Inn, se presentaba la del archiduque Juan en los desembocaderos de los Alpes Carnicos y Julianos, sin ninguna declaración preliminar de guerra. Creyeron poder suplirla enviando á los puestos avanzados franceses hácia el Ponteba, un trompeta portador de una declaración del archiduque Juan, en la que decía este príncipe iba á entrar en Italia, y que se le dejara pasar, porque de no, emplearía la fuerza. Media hora después precipitáronse unos destacamentos de caballería y de infantería ligera sobre nuestros puestos avanzados, y hasta se apoderaron de algunos. Usando todavía menos política respecto á los bávaros, poseedores del Tirol, la víspera, es decir, el 9 de abril, invadió el general Chasteter la región montuosa llamada el Pustherthal, que separa la Carintia del Tirol italiano.

Presentábanse á los austriacos para invadir el Frioul dos caminos reales; el que viniendo de Viena á través de la Carintia, baja de los Alpes Carnicos hácia el Tagliamento, y por Villach, Tarvis y el Ponteba, va á parar á Osopo; y el que, viniendo de la Carintia, descende de los Alpes Julianos hácia el Isonzo, que atraviesa entre Goriza y Gradisca, y cae sobre Palma-Nova ó Udino. Napoleón había tomado precauciones en uno y otro camino contra las invasiones austriacas, construyendo en el primero el fuerte de Osopo, y en el segundo la importante plaza de Palma-Nova; pero este fuerte y esta plaza, muy suficientes para servir de apoyo á un ejército, no podían suplirlo,

no siendo un obstáculo insuperable, sino una dificultad; porque como las tropas del príncipe Eugenio no estaban reunidas todavía, era fácil desfilarse por debajo de las baterías de Osopo y Palmanova, bloquearlos y pasar adelante.

Con todo, el archiduque Juan no quiso servirse ni del uno ni del otro de estos dos caminos, bien que esperanzado, como se hallaba, de sorprender al ejército francés, no debía temer serios obstáculos en ninguno de los dos. Prefirió un camino intermedio, el que pasando por el punto en que nace el Isonzo, desembocaba por Civilala en Udino. Este camino era difícil, sobre todo para un ejército numeroso, cargado de un grueso material, pero á causa de esto le parecía que debía estar menos defendido que los demás. Penetró en él, pues, con el grueso de su ejército, compuesto de los cuerpos octavo y noveno, y solo envió dos vanguardias á los caminos de Carintia y Carniola. Un oficial hábil, el coronel Wockmann, debía, con algunos batallones y escuadrones, abrirse paso hacia el Ponteba, haciendo allí la guerra de montaña contra nuestros puestos avanzados, mientras que pasando el Isonzo, el general Gavassini con un destacamento, mas arriba de Gradisca, marcharía hacia Udino, punto comunal á que iban á converger las diversas partes del ejército austriaco.

Todas estas combinaciones eran superfluas, porque como el príncipe Eugenio no esperaba ser atacado hasta fines de abril, solo tenia á mano la division Broussier delante del Ponteba, y la de Seras delante de Udino. En cuanto á él, estaba ocupado en revistar personalmente sus puestos avanzados, siguiendo el consejo de Napoleon,

quien le habia encargado visitase los sitios donde bien pronto tendria que dar batallas. Los austriacos no tuvieron, pues, otra cosa que hacer, que arrollar simples puestos avanzados en todos los caminos en que se presentaron. El 10, el coronel Wockmann replegó hasta Portés la vanguardia de la division Broussier, el general Gavassini atravesó el Isonzo sin dificultad, y el cuerpo principal desembocó con menos dificultad todavía sobre Udino, donde se hallaba una division francesa solamente.

Sorprendido el príncipe Eugenio con aquella súbita aparición, y poco acostumbrado á mandar, aunque ya lo estaba mucho á pelear á las órdenes de su padre adoptivo, le conmovió en extremo una situación tan nueva para él. De las ocho divisiones que componían su ejército, se hallaban únicamente á su lado las dos divisiones francesas Seras y Broussier. Algo detrás tenia, entre el Livenza y el Tagliamento, las divisiones francesas Grenier y Barbou, así como la division italiana Severoli, y mas lejos, cerca del Adige, la division francesa Lamarque, la division italiana Rusca, y ademas los dragones que constituían el fondo de su caballería. En cuanto á su sexta division francesa, la de Miollis, se hallaba todavía muy atrás, detenida por la situación de Roma y Florencia. En semejante estado, el príncipe Eugenio, no tenia mas que tomar la determinacion de reconcentrarse rápidamente retrogradando hacia lo principal de sus fuerzas. Por muy desagradable que fuera empujar por un movimiento retrógrado, era preciso resolverse á ello con prontitud, porque jamás debe disgustar la resolucion que conduce á un buen

resultado. Es verdad que para arrostrar ciertas apariencias pasajeras, se necesita un general afamado, mientras que el príncipe Eugenio era bisoño, y sin otra gloria que el cariño merecido de su padre adoptivo. Se decidió, pues, á retrogradar; pero con una pena que debia serle fatal bien pronto, impidiéndole llevar su movimiento de reconcentracion hasta donde era preciso. Mandó á las divisiones Seras y Broussier que volvieran á pasar el Tagliamento, y se dirigieran hasta el Livenza, á donde debian llegar, apresurando el paso, las divisiones Grenier, Barbou, Severoli, Lamarque y Grouchy. El general Seras no tuvo que hacer otra cosa, sino retroceder sin combatir. El general Broussier tuvo que dar combates muy vivos contra el coronel Wockman, que le disputó con mucha habilidad los valles del alto Tagliamento; pero se retiró sembrando de muertos el terreno que abandonaba. Afortunadamente los austriacos, aunque habian querido sorprendernos, no marchaban con toda la lijereza posible: asi tardaron cuatro dias en trasladarse de la frontera al Tagliamento, lo cual nos dejaba, para verificar nuestra reconcentracion, un tiempo que hubiera aprovechado mejor que lo hizo el príncipe Eugenio un general de experiencia.

Al volver á pasar el Tagliamento para ganar el Livenza, reunió las divisiones francesas Grenier y Barbou, asi como la division italiana Severoli, y luego se detuvo entre Pordenona y Sacila, porque los austriacos le perseguian con flojedad. Llegado alli, cometió la falta de dejar en Podernona, demasiado lejos de él y de todo apoyo, una fuerte retaguardia, compuesta de dos batallones del 35.º y de

un regimiento de caballeria lijera á las órdenes del general Sahuc. Este general, que no mostró entonces la vigilancia precisa en toda vanguardia, cuando se marcha adelante, y en una retaguardia cuando se emprende la retirada, este general, decimos, en vez de desatinar en la esploracion, cometió el disparate de no explorar siquiera su propia tropa, y de encerrarse con ella en Pordenona (1). Los austriacos, enterados de que habia una retaguardia francesa en Pordenona, avanzaron con un destacamento de infanteria, y fuerzas considerables de caballeria, conducidos por el gefe de estado mayor, Nugent, oficial dotado de mucha inteligencia, y partidario exaltadísimo de la guerra. Con su caballeria envolvió completamente á Pordenona, cortando todas las comunicaciones entre este punto y Sacila, y con la infanteria atacó la poblacion, sorprendiendo en ella á las tropas francesas, medio dormidas y mal guardadas. Estas, atacadasantes de que pudieran ponerse en defensa, se vieron obligadas á retirarse de prisa y corriendo, y á buscar su salvacion en una fuga precipitada; pero en vez de encontrar el camino franco al dejar á Pordenona, lo encontraron ocupado por una numerosa caballeria que les acometió por todas partes. Nues-

(1) Tan grande fué el enfado que esta circunstancia causó á Napoleon, que escribió varias cartas al príncipe Eugenio, y quiso castigar al general Sahuc, sobre todo, despues de la batalla de Raab, donde este general no rescató la falta de Pordenona. «El general Sahuc, escribia, es de los que *están hartos de la guerra*.» Desgraciadamente cada dia iba en aumento su número por culpa de Napoleon.

tros húsares procuraron abrirse paso cargando á galope, y algunos se escaparon; pero los demás fueron acuchillados ó hechos prisioneros. En cuanto á la infantería, buscó su salvacion en una valerosa resistencia. Los dos batallones del 35.^o; regimiento veterano de Italia, se formaron en cuadro, y recibieron á los ginetes austriacos de un modo tal, que los hubieran rechazado á no ser estos tantos en número. Deribarron muchos á tiros, y sembraron el campo de hombres y caballos; pero á poco les faltaron cartuchos, y no tuvieron otro remedio que oponer la punta de las bayonetas á una caballería que era la mejor del Austria. Quinientos de nuestros infelices soldados espieron, cayendo á los golpes de los austriacos, la incuria de su general; los demas quedaron prisioneros.

Esta lamentable aventura enfureció mucho al ejército francés, y disminuyó la confianza que tenia en su general en jefe. De contra, aumentó el ardor de las tropas austriacas, que por la vez primera en mucho tiempo veian á los franceses retroceder ante ellas, y empezaban á abrigar la esperanza de vencerlos.

Lo mejor que podia hacer en aquella circunstancia el príncipe Eugenio, puesto que habia tomado el partido de retirarse, era insistir en él, hasta hallar una línea sólida que defender, y todas sus fuerzas reunidas detrás de esa línea. Entonces hubiera logrado el desquite de haber tenido que estar algunos dias en una actitud penosa, y dado un sentido honroso á su movimiento retrógrado; pero era jóven, lleno de honor y susceptibilidad, y las hablillas de los soldados que habian conservado todo el orgullo del ejército veterano de Italia, le

desgarraban el corazon. Aunque querian al príncipe, hijo de su antiguo general, juzgaban, discernian su falta de esperiencia, se quejaban de ella en alta voz, no perdonaban tampoco á los generales que militaban á sus órdenes, y pedian que se les condujera á un enemigo que tenia la insolencia de perseguirlos, y delante del cual no estaban acostumbrados á huir. A las hablillas de los soldados se juntaba la desesperacion de los habitantes; que siendo antiguos súbditos venecianos vueltos á unirse á Francia en su mayor parte, asustados al ver que se acercaba el ejército austriaco, suplicaban no se les entregase á su venganza. Eugenio reunió á sus generales, y los halló tan desconcertados como él, porque si habian contraido bajo el mando de Napoleon la costumbre de batirse heroicamente, no la de mandar. Estaban dispuestos á morir en caso necesario, pero no á dar dictámen sobre una cuestion tan grave como la de saber si era preciso trabar la batalla. Lo mas prudente á todas luces era continuar retirándose hasta haber reunido sus fuerzas, y hallado un terreno ventajoso para combatir. Yendo hasta el Piava, se les hubieran ido incorporando sucesivamente cinco divisiones de infantería francesa y una de infantería italiana, ademas de dos bonitas divisiones de dragones, y la guardia real lombarda que era una buena tropa. En fin, hubieran encontrado en el mismo Piava una buena línea que defender; pero Eugenio no tenia ni bastante esperiencia ni bastante reputacion para arrostrar en paciencia las hablillas del ejército. Picado con el silencio de sus generales y la indiscrecion de sus soldados, resolvió detenerse delante del Livenza, entre Sacila

y Pordenona, en un terreno que no conocia, que no presentaba ninguna circunstancia ventajosa, y sobre el cual no habian tenido todavia sus tropas tiempo de reconcentrarse.

El 15, por la tarde, despues de la derrota de Pordenona, mandó hacer alto, y tomar la ofensiva en todos los puntos. Al retrogradar hasta allí, habia reunido á las divisiones Broussier y Seras las divisiones Grenier, Barbon y Sereroli, que encontró delante del Livenza. Estas cinco divisiones podian presentar una fuerza de cerca de treinta y seis mil hombres, unos de ellos soldados veteranos del ejército de Italia, y los otros bisoños pero instruidos, que componian los cuartos batallones de los ejércitos de Napoleon y Dalmacia. La fuerza de los austriacos, al contrario, ascendia á cerca de cuarenta y cinco mil hombres de sus mejores tropas: la desproporcion era, pues, muy grande. Es verdad que el príncipe Eugenio contaba con un refuerzo de diez mil peones y ginetes que debian llevarle los generales Lamargue y Grouchy, en camino á la sazón para incorporarse; pero esta incorporacion no era segura, y ademas el terreno muy poco favorable. A nuestra derecha teniamos, entre Tamai, Palsa y Porcia, aldeas, cercados, un suelo inundado de aguas y varios canales, fuertemente ocupados por los austriacos. En el centro, alzándose el terreno formaba como una espina que se extendia rectamente delante de nosotros, y en la cual se habia abierto el camino que va de Saisla á Pordenona. Nosotros poseiamos en este camino la aldea de Fontana-Fredda, frente por frente á Pordenona, tomada aquella mañana por los austriacos. En fin, á nuestra izquierda, en la vertiente de aquella co-

mo espina, se extendia el terreno en llano hasta el pié de los Alpes. Dos aldeas se descubrian allí, la de Roveredo, que ocupaban los franceses, y la de Cordenones, donde los austriacos habian establecido el vivac. Asi el terreno que se iba á disputar se reducía, en la derecha, á un suelo cortado y herizado de obstáculos; en el centro á un camino real que se dirigia perpendicularmente de nuestra linea á la del enemigo, y en la izquierda á un llano. Ofreciase en verdad una circunstancia favorable que hubiera sido preciso adivinar, como lo sabia hacer Napoleon al menor indicio, cual era que los austriacos estaban separados en dos masas, una formada con el octavo cuerpo y situada en las aldeas de Tamai, Porcia y Palsa, detrás de los obstáculos que el terreno presentaba á nuestra derecha, y otra formada con el noveno cuerpo y la caballería, situada en el llano á la izquierda, esto es, en Cordenones. Ahora bien, como de Cordenones á Pordenona no habia mas que una legua de distancia mal guardada y peor defendida, conocida esta circunstancia, habria sido menester dejar las divisiones Saras y Severoli, atacar en nuestra derecha á Tamai, Palsa y Porcia, y atraer allí á los austriacos; luego con las divisiones Grenier y Barbon, que estaban en el centro en el camino real, y con la division Broussier que estaba á la izquierda en el llano, formar veinte y cuatro mil hombres en masa, marchar por el camino real de Fontana-Fredda sobre Pordenona, cercar esta última aldea, separarla de Cordenones, donde se hallaba el noveno cuerpo, y dividir de este modo al ejército austriaco en dos mitades: una vez hecho esto, se hubiera dado buena cuenta del octavo cuerpo, de

refriega con nuestra derecha, y esto tanto mas cuanto que se hubiera penetrado hasta lo mas enmarañado de los terrenos dificultosos que componian aquella parte del campo de batalla.

Desgraciadamente el principe Eugenio con su gefe de E. M. Vignolle, mostrando tan poca reflexion en el arreglo del plan de batalla como en resolverla, mandó todo lo contrario de lo que aconsejaban el terreno y la posicion del enemigo. Sin reconocer siquiera el uno ni el otro, decidió que al dia siguiente, 16 de abril, al amanecer, partiesen de Tamaí los generales Seras y Severoli para dirigirse sobre Palsa y Porcia, cuyas poblaciones procurarian tomar á toda costa; que en el centro y en el camino real, se situase la division Grenier delante de Fontana-Fredda, pero sin operar ofensivamente hasta que los generales Seras y Severoli hubiesen superado los muchos y dificiles obstáculos que tenian que vencer; y, en fin, que detrás apoyase la línea francesa el general Barbou: plan vicioso, que dejaba á los austriacos espacio para rectificar su posicion, mientras que nuestra derecha consumiera sus fuerzas luchando contra obstáculos enteramente materiales; y nuestro centro, nuestra izquierda, nuestra retaguardia, perderian el tiempo en no hacer nada. ¡Asi es como con semejante modo de entender las cosas se prodiga á menudo la sangre tan preciosa de los soldados, y se juega la suerte de los imperios! ¡Asi es como lo mismo los reyes que las repúblicas, confian, unos á hijos ó á hermanos incapaces, otros á favoritos de la multitud incapaces tambien, la vida de los hombres y la salvacion de los Estados! El principe Eugenio era un oficial valiente lleno de modestia y

abnegacion, á proposito algun dia para conducir una division, pero no para mandar un ejército, y sobre todo para dirigir una campaña.

No sabiendo nuestros soldados á donde se les llevaba, pero satisfechos con pelear contra un enemigo á quien no tenian la costumbre de temer, marcharon resueltamente al fuego el 16 de abril por la mañana, que era domingo. Los franceses que mandaba Seras, y los italianos que tenia á sus órdenes Severoli, se arrojaron valerosamente sobre Palsa y Porcia, y vencieron los primeros obstáculos que se les oponian. En aquel momento se hallaba en misa con todo su estado mayor el archiduque Juan, principe que aunque con mas esperiencia y mas pretensiones que el modesto principe Eugenio, no mostró mas juicio que su adversario, puesto que despues de haber sorprendido á los franceses la vispera en Pordenona, se esponia á que le sorprendieran á él en el mismo parage. Montó inmediatamente á caballo con su estado mayor, corrió á las afueras de Pordenona, y al ver delante de él en el camino de Fontana-Fredda, el general Grenier en nuestro centro, y el general Broussier en nuestra izquierda formar en masa tropas que aparentaban mas gracias á lo despejado del terreno, se imaginó que íbamos á replegar nuestra izquierda sobre el centro, y este sobre nuestra derecha, no sacó de lo que creia estar viendo, mas que la inspiracion de volver á caer el noveno cuerpo de Cordenones sobre Fontana-Fredda, para impedirnos que ejecutáramos el movimiento que suponía, dejó ademas el espacio siempre abierto entre Cordenones y Pordenona, y no se cuidó al parecer de su octavo cuerpo, ocupado en luchar con los generales Seras y

Severoli, en medio del terreno quebrado que habia entre Tamai, Palsa y Porcia.

Allí fué efectivamente donde tuvo lugar, bajo la direccion de dos generales en jefe de poca penetracion, y entre soldados de estremado valor, una lucha sangrienta y encarnizada. El octavo cuerpo austriaco, mucho mas numeroso que las divisiones Seras y Severoli, no estaba por abandonarles el terreno de que habian conquistado una parte. El general Colloredo se arrojó sobre ellas con una division austriaca, les quitó bajo un fuego mortífero Porcia y Palsa, y restableció así el combate. El general Seras, que tenia arreglada una reserva, se puso á su frente, la llevó adelante y volvió á entrar en las aldeas perdidas, conduciendo á ellas á un mismo tiempo los franceses y los italianos, los cuales se situaron en aquellas dos desgraciadas aldeas, teatro de tanta furia. Entonces los austriacos, aprovechándose de los mas mínimos obstáculos, y defendiéndose de casa en casa, de cercada en cercada, opusieron á nuestros soldados una resistencia de que no habian dado ejemplo desde la batalla de Marengo. El general Grenier, condenado á no hacer nada en el camino real que va de Fontana-Fredda á Pordenona, separó dos batallones en su derecha, para ayudar á la conquista definitiva de Porcia, y el general Barbou envió á los mismos puntos dos de la retaguardia. No hay duda que estos refuerzos compensaban la inferioridad de nuestra derecha con relacion al octavo cuerpo, á quien tenia que combatir; pero en aquel terreno sembrado de obstáculos que tan difícil era perder como conquistar, nada decidian, permaneciendo como permanecian inmóviles nuestra izquier-

da y nuestro centro. De una y otra parte se combatia con encarnizamiento, cuando el noveno cuerpo, avanzando oblicuamente de Cordenones sobre Fontana-Fredda, se aproximó á la division Broussier que formaba nuestra izquierda. El valiente general Broussier habia colocado formando escalones los regimientós de línea números 9º, 84º y 92º, regimientos soberbios con cuatro batallones, de que se componia su division. Aguardó con sangre fria á la infanteria enemiga, y haciéndole desde muy cerca fuego de fusileria con gran puntería, derribó en tierra casi toda una linea; luego, como la soberbia caballeria austriaca aprovechase el llano para darle una carga, la recibió formado en cuadro, cubrió la tierra de cadáveres enemigos, y á pesar de todo su valor, la hizo retirarse no muy contenta con sus tentativas. Entre tanto el noveno cuerpo, que era numeroso, dejaba atrás nuestra izquierda, y como que comenzaba detrás de Fontana-Fredda la aldea de Sacila, donde se hallaba el puente principal que hay en el Livenza. El principe Eugenio, que solo tenia resolucion en el combate, se alarmó por sus medios de comunicacion, y aunque todavia incierta la lucha, ordenó la retirada con tan pocos motivos como los que habia tenido para ordenar la batalla.

Despues de haber matado tanta gente como habian perdido, retiráronse nuestros soldados hácia Livenza, afligidos con el papel vergonzoso que se les obligaba á hacer. Nuestra derecha se dirigió sobre el puente de Bruñera, el cual pudo ganar sin desórden, porque el terreno, sumamente dificultoso por aquella parte, no se prestaba á la persecucion, y los austriacos estaban agobiados de cau-